

Iglesia y Democracia en Venezuela

Arturo Sosa A.

- * **¿Cómo pasan la Iglesia y el Estado venezolanos de percibirse como enemigos irreconciliables a ser "aliados" del sistema político populista-democrático?**
- * **El Modus Vivendi de 1964 pone fin a siglo y medio de conflicto histórico y formal entre la Iglesia y el Estado en Venezuela.**
- * **Durante la etapa 1969-1983 Iglesia y Estado se mueven en tendencias divergentes: mientras el Estado y la alianza política que lo controla (Partidos, Fuerzas Armadas, Sector capitalista privado) se aleja del pueblo y mediatiza la sociedad civil, la Iglesia ha iniciado un virado, aunque todavía indeciso, proceso de compromiso popular.**
- * **En el presente, las tensiones internas de la Iglesia tienden a crecer. Son un signo de maduración y efectos de las exigencias del momento presente de la sociedad venezolana. Corriente centralizadora y esfuerzo por enraizar la Iglesia en Venezuela marchan paralelas a las propias tendencias políticas.**

Normalmente se acepta que la Iglesia católica venezolana forma parte de los "aliados" del sistema político que comienza en Venezuela en 1958. Sin embargo, hasta esa fecha Acción Democrática, principal partido político propulsor de la democracia populista veía a la Iglesia fuertemente vinculada a las elites cívico-militares y mostraba, por tanto, gran desconfianza y agresividad hacia ella. Por su parte, la Iglesia percibía al partido del pueblo como "comunistas" más o menos disfrazados, anticlericales furibundos y poco dispuestos a reconocerle su puesto en la sociedad venezolana. ¿Cómo se da ese paso de la desconfianza mutua y percibirse como enemigos a aliados de un sistema político no experimentado antes en el país contra el que conspiran factores históricos y poderosas fuerzas sociales? ¿Cómo se desarrollan las relaciones entre estos "aliados" durante estos treinta años de democracia?

El papel de la Iglesia en la democracia venezolana ha sido poco estudiado desde una perspectiva politológica. Generalmente se asume sin muchas explicaciones su carácter de aliado complaciente del pacto populista y del sistema de partidos sin analizar su evolución o la propia complejidad interna de la Iglesia. Con ocasión, pues, del trigésimo aniversario del sistema populista de partidos me aventuro a una primera reflexión en una óptica de análisis político sobre las relaciones entre la Iglesia y la democracia venezolanas.

ALGUNOS ANTECEDENTES

A comienzos del siglo XX la Institución Eclesiástica venezolana inicia su proceso de recuperación después del casi total desmantelamiento sufrido como consecuencia de los conflictos sostenidos con los gobiernos liberales. En este período pueden identificarse Iglesia (comunidad de bautizados) e Institución Eclesiástica. Su unidad está garantizada por lo inmenso del reto externo: habiendo sido "derrotada" por el Estado liberal y sin una base social que pueda controlar institucionalmente se apresta a abrirse un nuevo espacio en la sociedad venezolana que ha iniciado su proceso de centralización política y económica.

Para este momento la Institución Eclesiástica católica-romana ha dejado atrás su acérrimo antiliberalismo y busca la forma de realizar su misión en las sociedades capitalistas modernas. En ellas ha nacido un nuevo enemigo irreconciliable: el comunismo ateo y materialista. La mejor manera de enfrentarlo es combatir la "ignorancia" religiosa de los pueblos y procurar su mejoramiento material evitando los grandes contrastes, chispa de conflictos sociales.

La Institución Eclesiástica Venezolana se propone, entonces, una estrategia de acción que le da prioridad al fortalecimiento institucional cuyo punto focal es el aumento y formación del clero, principal sujeto de este proyecto eclesial. Con un clero numeroso (como para cubrir todo el territorio) y bien formado puede lograrse la reducción paulatina de la "ignorancia religiosa" de las masas y el control de la expresión religiosa popular tradicionalmente autonomizada de la institución eclesial y llena de elementos provenientes de las diversas culturas que contribuyeron al mestizaje en Venezuela. Simultáneamente se fundan obras educativas cuyos beneficiarios pertenecen, más bien, a las élites sociales, y obras asistenciales dirigidas a la población más necesitada. Estas obras son fundadas y dirigidas por personal de Congregaciones religiosas en su mayoría provenientes de Europa. También se fundan algunas Congregaciones Religiosas femeninas venezolanas. De esta manera la institución eclesial logra establecer una relación orgánica con las élites sociales y encuentra un camino para que el Estado reconozca el positivo papel que puede jugar en el proceso de modernización de Venezuela.

La estrategia se reveló eficaz: la Iglesia logra rehacerse institucionalmente, se fundan seminarios, se erigen parroquias y diócesis, aumenta paulatinamente el personal religioso, nacen movimientos laicales como la Acción Católica (masculina y femenina), la Legión de María..., logra cuajar una expresión política organizada del socialcristianismo (UNE, AN, COPEI), nacen círculos obreros y experiencias de sindicalismo cristiano y, muy especialmente, se afianza en el campo educativo con escuelas primarias, secundarias, nor-

males y hasta una Universidad Católica (1953). Surgen incluso organizaciones de presión social como la Asociación Venezolana de Educación Católica (AVEC) y la Federación de Asociaciones de Padres y Representantes Católicos (FAPREC).

El grado de organización alcanzado por la Institución Eclesiástica y su crecimiento en su capacidad de presión social quedó de manifiesto en el conflicto educativo Iglesia-Estado durante el trienio adeco. El ámbito educativo era el terreno para "medir fuerzas" entre la Institución Eclesiástica comprometida en la modernización y Acción Democrática en busca de la hegemonía política de ese proceso.

Durante la dictadura perezjimenista culmina esta fase de la re-estructuración eclesiástica: se da un enorme aumento del personal religioso venido del exterior, nacen nuevos colegios, escuelas normales y la UCAB... Se reinicia, además, la expresión masiva pública católica con actos nacionales e internacionales como la consagración de Venezuela a la Virgen de Coromoto; el Congreso eucarístico (1955)...

Para 1958 Venezuela ha emprendido definitivamente el camino de la modernización, basada en la "siembra del petróleo" (capitalismo rentístico). Los partidos políticos populistas, especialmente Acción Democrática, pugnan por liderizar el proceso en sustitución de las élites cívico-militares y las propias Fuerzas Armadas. Ha tenido ya una breve experiencia de gobierno y establecido una red de apoyo so-

cial. La Institución Eclesiástica ha logrado rehacerse y convertirse en un importante factor de impulso modernizador, es decir, se ha hecho parte del proyecto dominante en la dinámica económico-política venezolana.

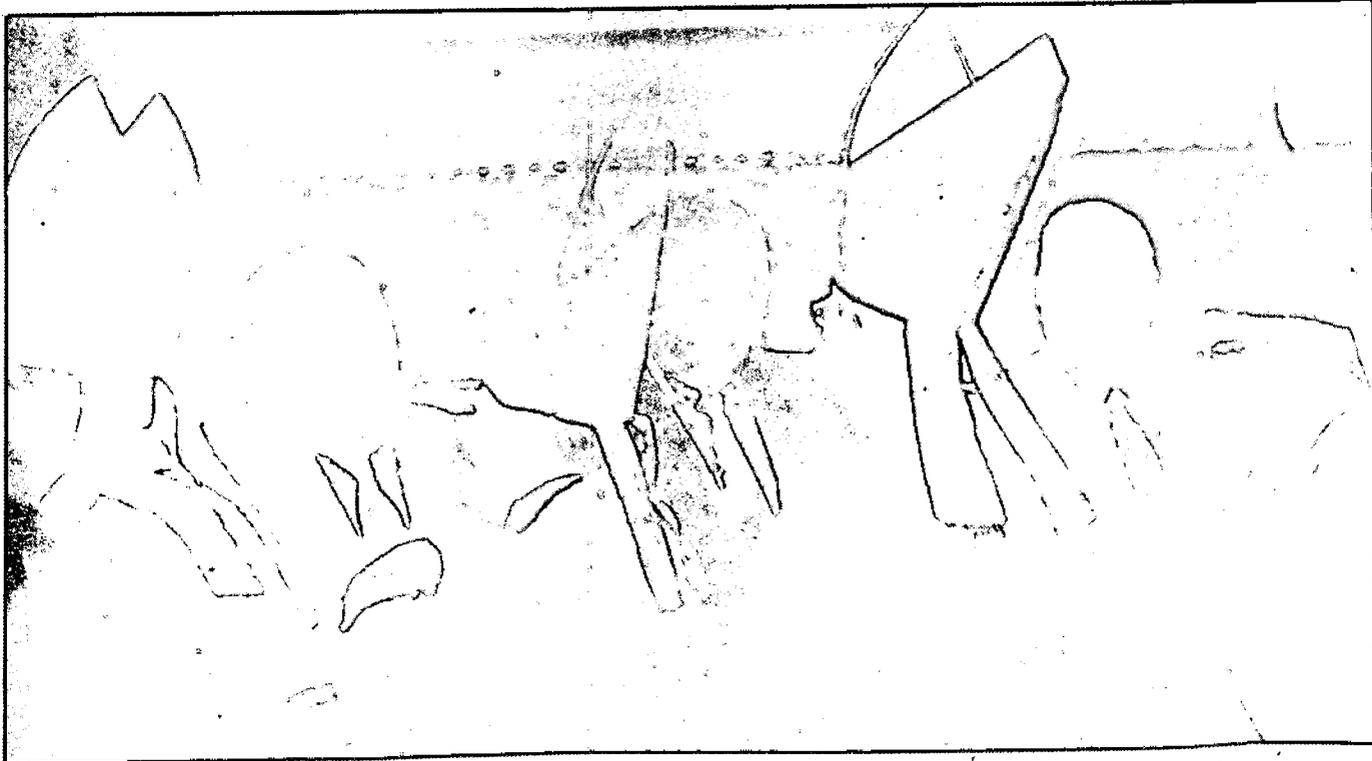
LA IGLESIA Y LA CONSOLIDACION DE LA DEMOCRACIA (1958-1969)

Entre 1958 y 1969 se puede delimitar una primera fase del sistema populista de partidos: su nacimiento y consolidación. Se logran las alianzas políticas y sociales necesarias y suficientes para el establecimiento de unas "reglas de juego" formalmente democráticas, respetadas por todos. Las amenazas de la derecha militar y de la izquierda comunista son superadas. Las elecciones logran convocar a la mayoría del pueblo y sus resultados son acatados por los partidos y élites económicas y militares. Se tiene la experiencia de culminar dos períodos constitucionales completos y la entrega del gobierno al partido de oposición que ganó las elecciones de 1968 por un escaso margen de treinta mil votos (cfr. SIC Nº 500, diciembre 1987, pags. 504 y siguientes).

Durante esta primera etapa del sistema "democrático" la Iglesia mantiene su monolítica unidad interna. Percibe claramente lo grave del momento y es consciente de que se está jugando su existencia presente y futura. Acción Democrática es el partido político pivote de la nueva alianza hegemónica. En el pasado fue su e-

nemigo antagónico y ahora se acerca a proponer un pacto político con el partido COPEI (fuertemente ligado a la Institución Eclesiástica, aunque no sea parte de ella ni pueda simplemente identificárselos) y solicita el apoyo eclesiástico al sistema que se abre paso. Una "reconciliación" con Acción Democrática significaba para la Iglesia un paso definitivo hacia su reconocimiento por parte del Estado y hacia su estabilización social en el país. El riesgo valía la pena y se corrió.

Para Acción Democrática era crucial la inclusión de COPEI en el pacto partidista fundamental de la democracia. Garantizar unas buenas relaciones con la Institución Eclesiástica era una condición indispensable para su inclusión. Por otra parte, el apoyo eclesiástico era una forma muy eficaz para quitarse la imagen de "comunistas" y lograr así la aceptación del Alto Mando Militar, las élites económicas privadas y conseguir la benevolencia de los Estados Unidos de Norteamérica. Había indicios que permitían pensar en el éxito de un acercamiento: la Carta Pastoral del Arzobispo de Caracas, Monseñor Rafael Arias Blanco, el 1º de mayo de 1957 había abierto espacios para la crítica al régimen perezjimenista, la colaboración directa de algunos sacerdotes con la resistencia, el papel de COPEI en la Junta Patriótica, la detención y exilio del Dr. Rafael Caldera, la posición de las autoridades y profesores de la Universidad Católica... La crítica interna del partido hacia un acercamiento a la Iglesia considerada como



"reaccionaria" y aliada de la dictadura, quedaba ampliamente compensada por las ventajas políticas inmediatas de lograr ese apoyo. También decidieron correr el riesgo.

Esta coincidencia de intereses y capacidad de riesgo político es lo que explica porqué se considera a la Iglesia como uno de los aliados del sistema político naciente junto con A.D., U.R.D., COPEI, el empresariado privado y la jerarquía de las Fuerzas Armadas.

En esta fase del sistema político, la Institución Eclesiástica da el más importante paso en su estabilización social y de reconocimiento por parte del Estado: la firma de un instrumento regulador de las relaciones entre el Estado Venezolano y la Institución Eclesiástica Católica que sustituye la discutida y polémica Ley de Patronato Eclesiástico. Ese documento, bajo el nombre de **Modus Vivendi**, firmado en marzo de 1964, marca el fin de una época formal e históricamente conflictiva entre Iglesia y Estado.

Las negociaciones duraron varios años y fueron llevadas con cautela de parte y parte. El nombramiento del primer Cardenal venezolano en 1961 y que éste fuera Mons. José Humberto Quintero (una figura episcopal fácilmente aceptable por la dirigencia acciondemocratista e importante figura eclesial en la negociación) fue un claro signo de la posibilidad de llegar a un acuerdo. La firma del **Modus Vivendi** sella la desaparición de la contradicción formal entre la Iglesia y el Estado y establece unas "reglas de juego" claras para regular las nuevas relaciones de cooperación entre ambos. Confirma, además, la separación Iglesia-Estado ya existente en el país para beneficio mutuo. Logra, finalmente, la desaparición de la mutua percepción de desconfianza entre las dirigencias partidistas, las élites estatales y la Institución Eclesiástica.

El Episcopado Venezolano otorga una gran importancia a la firma del **Modus Vivendi**. Escribe una Carta Pastoral, redactada directamente por el propio Cardenal Quintero, el 19 de marzo de 1964 (el documento se firmó el 6 de marzo) en la que explica las ventajas que para ambas partes tiene esa firma e intenta disipar toda duda sobre las intenciones de la Institución Eclesiástica que puedan verse como amenazas al Estado. Los Obispos subrayan que también ellos son venezolanos y no propondrían ni firmarían un documento que pudiera lesionar los intereses de la Patria.

Se llega, pues, a una situación largamente deseada por la Jerarquía Eclesiás-

tica que produce en ella una sensación curiosa que va a incidir en el comportamiento posterior de la Institución Eclesiástica: se sienten como "convalescientes" de una larga enfermedad, por tanto, cuidando evitar todo aquello que pueda provocar una "recada", es decir, evitando toda conducta que pueda hacer surgir relaciones conflictivas con el Estado. La Iglesia se convierte así en un socio políticamente muy cómodo para la alianza política hegemónica pues presta el apoyo sustancial que se le pide reducido casi exclusivamente a su presencia simbólica (subraya la importancia política que esa presencia tiene en la legitimación del sistema populista de partidos) y se sabe que se cuenta con un socio prudente que evita todo tipo de confrontación o conflicto. La política del Estado hacia la Institución Eclesiástica va a ser, además, la de apoyar su consolidación institucional para lo cual la hace partícipe permanente de una cuota de la renta petrolera.

Paralelamente sigue el crecimiento de la institución y sus obras asistenciales y educativas. En el campo de la educación comienza a darse una apertura hacia los sectores más pobres: la fundación de escuelas católicas "donde no llega el asfalto" (Fe y Alegría, Escuelas Parroquiales...), dispensarios en los barrios, programas de "desarrollo comunal", además de la instrucción religiosa propiamente dicha. La pobreza típica producida por el proceso modernizador que se concentra en los barrios urbanos golpea a miembros de la Iglesia. La Institución Eclesiástica y sus agentes pastorales se conciben a sí mismos como "modernos" y agentes de modernización, por eso su acercamiento a los barrios se produce con la finalidad de acelerar la **incorporación de estos marginados** al desarrollo colectivo.

Un efecto importante de esta nueva vertiente barrial de la actividad eclesial va a ser el traslado físico de un número significativo de religiosas y religiosos a zonas marginales y el inicio de una relación más compleja con el mundo suburbano.

También puede señalarse este período como el del florecimiento de movimientos laicales eclesiales formados por categorías sociales especializadas (estudiantes, profesionales, sindicalistas, obreros...).

Para la Institución Eclesiástica esta fase culmina "exitosamente" con la celebración del **Ier. Congreso de Desarrollo Integral del Hombre** (Barquisimeto, 1969), inaugurado por el Presidente Dr. Rafael Caldera, sin duda hombre-de-la Iglesia y

afrontando al país como tema.

HACIA LA "GRAN VENEZUELA" Y LA IGLESIA DE LOS POBRES (1969-1983).

Esta fase de nuestra historia reciente puede caracterizarse como la del auge del populismo y la culminación del capitalismo rentístico (Cf. SIC Nº 500, diciembre 1987, págs. 477-481). Se ha logrado superar el bache económico y comienza, especialmente a partir de 1973, una notable expansión de la actividad económica del Estado. Crece así la Administración Descentralizada en forma acelerada: entre 1970 y 1980 se crearon 258 nuevos entes estatales, la mitad de los cuales fueron "empresas del Estado", sobre un total de 419 entes creados desde 1916 (cfr. KORNBLITH-MAINGON, **Estado y Gasto Público en Venezuela**, 1985 pág. 240). Para 1970 la Administración Descentralizada utilizaba el 30% del total del gasto público, cifra que asciende al 67% para 1980 (Ibid., p. 40). Los servicios públicos se expanden rápidamente por todo el territorio y se vive colectivamente la sensación de abundancia económica.

La relación populista muestra su eficacia y se consigue tal grado de legitimidad para el Sistema de Partidos que desaparecen efectivamente las amenazas de la derecha militar y de la izquierda levantada en armas. Se propicia la entrada al sistema de los grupos más diversos ("pacificación"). Simultáneamente aumenta la distribución populista de la renta petrolera al punto que se produce una numerosa corriente inmigratoria de mano de obra latinoamericana, y se reduce la participación masiva en la toma de decisiones políticas (cogollización de los partidos). La nacionalización de las empresas de explotación del mineral de hierro y de extracción del petróleo refuerza la sensación de un país que crece en su independencia siendo así que modifica sustancialmente el carácter del Estado, que pasa de ser el representante de la nación ante las Compañías Transnacionales para reclamar un mayor pago por la riqueza nacional y luego distribuirla, a ser el productor y distribuidor de la renta.

Las Fuerzas Armadas Nacionales ratifican su evolución hacia el apoyo institucional del Sistema Populista de Partidos del que obtienen beneficios y el Alto Mando Militar pasa a formar parte de sus cúpulas decisionales. El sector privado de la economía crece y se hace cada vez más complejo resaltando la aparición de un poderoso sector financiero y de los Gru-

pos Económicos.

Es en esta etapa cuando el Concilio Vaticano II, celebrado entre el 62 y 66, produce una fuerte sacudida en todos sus niveles. La Iglesia Católica cambia su auto-definición: de "sociedad perfecta" verticalmente jerarquizada pasa a concebirse como "Pueblo de Dios", es decir, de entenderse como una institución cuyo eje es el clero y la jerarquía pasa a verse como una comunidad de fieles laicos a cuyo servicio existe el sacerdocio y la jerarquía. La liturgia se hace esencialmente comunicativa (vuelta al uso de las lenguas vulgares y revalorización de la dimensión de "asamblea" de la comunidad de fe, en las celebraciones eucarísticas). La lectura comunitaria y popular de la biblia contribuye a un diálogo rico y productivo. Igualmente se recupera una visión positiva de la humanidad, de su historia y del mundo moderno, llegándose a considerar la Iglesia como "imbricada" en los problemas de la persona humana y en los procesos de los pueblos: "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón". Así comienza uno de los principales documentos del Concilio Vaticano II, la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual.

Se inicia, entonces, un profundo proceso de revisión de toda la institución eclesial y de esfuerzos por volver a las propias raíces. En América Latina se reúne la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Medellín, Colombia, 1968) para estudiar la puesta en práctica de las decisiones y orientaciones del Concilio Vaticano II en nuestro continente, en el cual la mayoría del pueblo vive en pobreza, mientras minorías lo hacen en la

opulencia, a pesar de contar con recursos naturales abundantes y proclamándose todos "cristianos", abre los ojos a la comprensión estructural de la situación: la pobreza y la injusticia no son casuales, ni fruto de la desidia del pueblo. Las sociedades latinoamericanas están dominadas por estructuras de opresión radicalmente injustas. En términos cristianos afirman los obispos esto es una **situación de pecado**, porque el impedir la fraternidad, basada en la justicia, es rechazo del mismo Dios. Si la Iglesia se concibe como el "Pueblo de Dios", o sea, la comunidad de los seguidores de Jesús, debe vivir como él: pobre entre los pobres. En América Latina esto significa una Iglesia que se compromete a alentar las organizaciones del propio pueblo, en busca de su liberación integral.

En esta reunión episcopal latinoamericana aparecen claramente tres tendencias internas en la Iglesia del continente (tres "proyectos pastorales"): la que pretende la restauración de la cristiandad como en los tiempos coloniales en los que la Institución Eclesiástica constituía la cúspide de la pirámide social, es decir, la pretensión de formar parte del orden establecido como su inspiración y última instancia; la que se propone una **Nueva Cristiandad** mediante la participación efectiva en la construcción de un mundo moderno impregnado de valores cristianos, tarea fundamental del laicado guiado por la jerarquía eclesial. Y el proyecto de liberación integral que pretende poner a la comunidad eclesial, inspirada en la fe, al servicio del proceso de transformación de las estructuras injustas (pecado estructural) hecha por el propio pueblo organizado.

Estos dos grandes acontecimientos eclesiales tienen poca incidencia inmediata en la Institución Eclesiástica venezolana que disfruta de su "luna de miel" dentro del bienestar democrático. El efecto va a

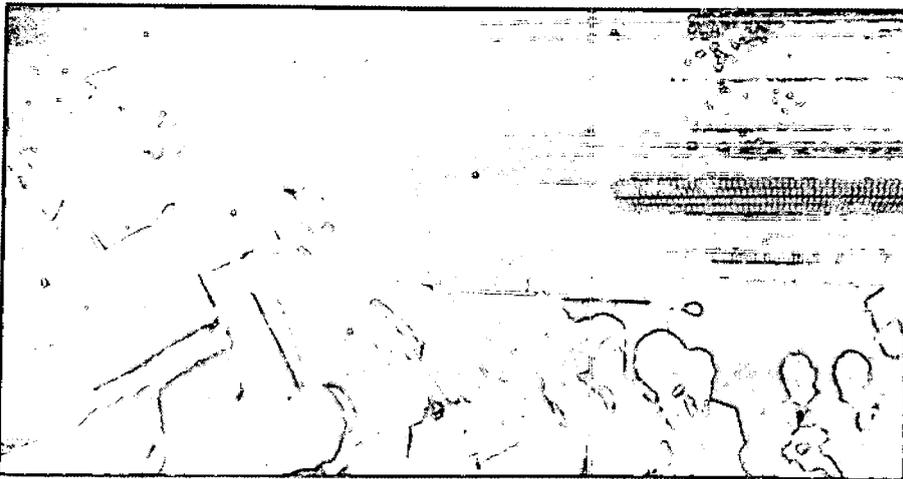
producirse a mediano plazo.

Las Congregaciones Religiosas femeninas y masculinas son impulsadas "desde arriba", es decir, desde sus instancias superiores propias, a revisar su acción a la luz de las orientaciones conciliares. Como en los orígenes de todas las congregaciones existe una especial sensibilidad por los pobres, esa revisión va a llevar a un mayor compromiso con los vastos sectores empobrecidos de la sociedad venezolana. Se comienza, generalmente, con acciones de "asistencia a los marginados" para facilitar su incorporación al "desarrollo", sin embargo, el traslado a las zonas de vivienda de los pobres y el vivir sus problemas cotidianos en carne propia va logrando un paulatino cambio de perspectiva y una nueva comprensión de las relaciones sociales. "Nos nacieron ojos nuevos" titula un capítulo de un documento de un grupo de religiosos en 1979, cuando narra este proceso. Los barrios y las condiciones inhumanas en las que viven sus moradores no son casualidad, ni problema de darle tiempo al desarrollo, son el producto del orden establecido, por tanto, la acción a la que los llama el sentido profundo de su vida religiosa es colaborar en la transformación de las relaciones sociales.

Este proceso se da, también, en otros sectores de la Iglesia: sacerdotes, movimientos laicales. Incluso dentro del movimiento político socialcristiano se producen tendencias en una dirección semejante que dieron lugar a organizaciones como la "Izquierda cristiana"...

Puede, pues, constatarse en esta etapa el nacimiento progresivo, lento y tímido, de la corriente liberadora dentro de la Iglesia venezolana. Algunos "conflictos" señalan su aparición: expulsión de sacerdotes-profesores del Seminario de Caracas, La Vega-Wuytack, la toma de Santa Teresa, tensiones en la Universidad Católica, cierre de algunos colegios religiosos en las zonas más acomodadas de la ciudad para trasladarse a los barrios o al interior... La Iglesia venezolana, sin embargo, continúa dominada por la mentalidad de **Nueva Cristiandad** y su jerarquía mantiene su estrategia de evitar confrontaciones y/o conflictos.

Los años 78-79 marcan un nuevo hito en el proceso eclesial. Se convoca una nueva Conferencia General del Episcopado Latinoamericano para revisar, a los diez años, la puesta en práctica de las orientaciones de Medellín. Cuando se está preparando muere el Papa Pablo VI y se retrasa hasta la elección de un nuevo Papa. Es Juan Pablo II, quien la inaugura en



Puebla (México) en 1979. Esta conferencia llena de tensiones reafirma las líneas de fondo: opción preferencial por los pobres en quienes se encuentra el rostro concreto de Jesucristo. Compromiso en la construcción de una nueva civilización más justa y humana. Juan Pablo II, además, inicia una estrategia de presencia pública y permanente de la Institución Eclesiástica en la sociedad. Le da prioridad a la convocatoria pública y masiva a lo largo y ancho del mundo. Sus continuos viajes exigen a las Iglesias y Estados de todas partes un esfuerzo de movilización sin precedentes. En América Latina las tensiones internas de la Iglesia provocadas por la lucha entre las diversas tendencias se agudizan. El Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) que había sido un importante catalizador del proceso renovador comienza a ser dominado por sectores reaccionarios, mientras que la Confederación Latinoamericana de Religiosos (CLAR) profundiza su esfuerzo por hacer realidad el compromiso y la opción por los pobres.

En Venezuela hace su aparición pública el movimiento de las Comunidades Eclesiales de Base (CEB) y la corriente liberadora. Las Congregaciones religiosas, especialmente las femeninas, continúan su ida hacia el pueblo. La institución Eclesiástica sigue aprovechando el colchón rentístico de la Venezuela petrolero-populista. La prevalencia de colegios católicos cuyo alumnado proviene de las clases de menores recursos provoca la presión constante de la Iglesia sobre el Estado y se logra el subsidio parcial de la educación popular católica.

En síntesis, durante esta etapa (1969-1983) puede decirse que Iglesia y Estado apuntan tendencias divergentes: mientras el Estado y la alianza política que lo controla (partidos-FAN-sector privado) se aleja del pueblo y mediatiza a la sociedad civil, la Iglesia ha iniciado un variado, aunque todavía indeciso camino de hacerse parte del pueblo o, al menos, de la sociedad civil.

CRISIS Y RESTRICCIÓN DE LA DEMOCRACIA Y UNA IGLESIA ECHANDO RAICES EN EL PUEBLO VENEZOLANO (1983-1988)

El fin del capitalismo rentista, cuya principal expresión es la inmensa deuda externa del Estado venezolano, cambia también las relaciones políticas del sistema "democrático". El Estado se encuentra con una renta (absoluta y relativamente) disminuida ya no le alcanza ni siquiera pa-

ra asegurar el crecimiento del gasto público exigido por la mínima demanda social. El sector capitalista privado ha logrado suficiente autonomía financiera frente al Estado como para convertirse en una fuerza política poderosa. La sociedad civil venezolana ya ha adquirido la conformación de las sociedades modernas. El populismo, eficaz para lograr la transición hasta aquí, muestra sus limitaciones y las demandas sociales comienzan a superar la capacidad de maniobra populista de los partidos. El sistema político venezolano se encuentra, entonces, finalizando su ciclo populista y en plena lucha por una nueva hegemonía en la que el sector capitalista privado tiene varios palmas de ventaja.

Dentro de la Iglesia católica se intensifica su fortalecimiento y complejificación con las tensiones derivadas de la presencia de corrientes diversas: la corriente unificadora de toda la acción de la Iglesia alrededor de la Institución jerárquicamente controlada que justifica su intento centralizador como necesidad de establecer una "pastoral de conjunto", (expresión post-conciliar que invita al uso racional de los recursos, no a su control absoluto por un sector) y la corriente liberadora que sin negar la necesidad de una coordinación efectiva por parte de los obispos, pone el acento en el fortalecimiento de comunidades locales eclesiales vivas, integradas por el propio pueblo creyente, y en el surgimiento de una Iglesia cuyo centro de gravedad sean laicos adultos responsables. Una iglesia unida en la fe más que uniformada en la disciplina.

Las Congregaciones Religiosas viven procesos novedosos y significativos. En primer lugar la **venezolanización** en varias dimensiones: numérica pues habiendo la mayoría de ellas comenzado con personal extranjero, empiezan a tener grupos numerosos de jóvenes en formación. Más aún, la mayor parte de quienes ingresan en las congregaciones religiosas provienen del propio pueblo pobre o de un compromiso personal con los pobres. Las casas y trabajos de los religiosos y religiosas, además, se han extendido por toda la geografía física y humano-social de la nación. Más aún se han roto las barreras intercongregacionales, religiosos y religiosas de las distintas agrupaciones estudian juntos y llevan adelante proyectos pastorales conjuntos. Igualmente se ha dado un proceso de **popularización**, en cuanto las religiosas y religiosos se entienden a sí mismos como "pueblo de Dios consagrado", no segregados ni separados del pueblo, sino formando

parte de él, participando en su proceso de organización. De esta manera, la mayor parte de las religiosas y religiosos de Venezuela se entienden a sí mismos como propulsores, desde la fe cristiana de la liberación integral del pueblo, de la transformación estructural y, por tanto, de una democracia cuyo sujeto real sea el pueblo.

Al mismo tiempo se ha profundizado el proceso de popularización de la educación católica no sólo porque la mayoría de los alumnos de las escuelas y colegios católicos son pobres, sino por los esfuerzos que se vienen haciendo por dar una educación popular tanto en los contenidos como en los métodos pedagógicos y en las propias relaciones dentro de los planteles. Un proceso de reflexión participativa llevó, después de tres años de trabajo sistemático coordinado por la AVEC, a la formulación del Proyecto Educativo Católico en el que se recogen estas orientaciones.

La visita del Papa Juan Pablo II a Venezuela constituye otro hito que no puede soslayarse. Su anuncio convence a la Institución Eclesiástica venezolana de la posibilidad y de la necesidad de "salir a la calle" a hacer su propuesta. Nace así el primer gran esfuerzo de la Institución Eclesiástica venezolana por ponerse en contacto con el conjunto de la sociedad y con cada una de sus instituciones e incluso personas: la Misión Nacional. Este ambicioso esfuerzo en su formulación pone de manifiesto una Institución Eclesiástica "acomodada", acostumbrada al lecho de su convalecencia, con serias dificultades organizativas para ponerse en marcha. Revela, también, la existencia de corrientes eclesiales diversas: un estilo más vertical de llevar la Misión Nacional, contenidos, planes y finanzas centralizadas, donde los de arriba deciden y los de abajo ejecutan, y un estilo más horizontal donde cada grupo y zona pastoral decide con autonomía cómo y cuáles objetivos de la Misión pueden llevarse a cabo en sus condiciones inmediatas. Sin embargo, lo vasto de la tarea hizo posible que todas las corrientes contribuyeran al plan sin conflictos graves.

La propia visita papal (enero 1985) se convierte en una fuente de ánimo para la Institución Eclesiástica que vuelve a creer en su capacidad de convocatoria masiva y en sus posibilidades de comunicación con la sociedad venezolana.

La crisis del liderazgo político popularista va, también, a repercutir favorablemente en la credibilidad de la Institución Eclesiástica y en su capacidad para expresar las necesidades sociales y populares, ra-

tificada, evidentemente, por la presencia real de religiosas y religiosos en las zonas populares, junto con las posiciones de la Jerarquía Eclesiástica en algunos documentos recientes (corrupción, 1980; desempleo, 1985; vivienda, 1987; etc.). Sin embargo, predomina la actitud de "prudente cautela" frente al poder presidencial (máximo poder del Estado en la cultura política, aun democrática, venezolana), como lo demuestra el "tira-y-afloja" a propósito de la situación generada por el intento de divorcio de la pareja presidencial (Lusinchi-Castillo) y el papel protagónico de la secretaria privada del Presidente en el terreno de las relaciones Iglesia-Estado. Ha sido ella quien en la práctica, sin ningún título público o privado que la autorice, ha mantenido las vinculaciones públicas (¿oficiales?) del Jefe del Estado con algunos Obispos y Arzobispos, provocando tensiones injustificadas dentro y fuera de la Institución Eclesiástica, que ha preferido, por su parte, "auto-acallarlas" (cfr. Sección Documentos de este número de SIC).

Por la cercanía de los 500 años de la primera evangelización (y colonización) de América Latina el Episcopado Nacional ha sido nuevamente empujado a organizar un plan nacional: la llamada "Misión Permanente". Hasta la fecha la estructura de la Institución Eclesiástica no ha respondido (¿no ha podido o no ha querido?) con vigor, energía y recursos a este programa. Han salido a relucir nuevamente las tensiones entre las diversas corrientes: la corriente más conservadora pretende aprovechar ese plan para fortalecer la estructura centralizadora de la Institución y deslegitimar toda acción eclesial que se salga de su control. La corriente liberadora ve a la "Misión Permanente" como el momento de emplearse a fondo en la profunda evangelización del pueblo surgido del proceso modernizador. Una evangelización que daría lugar al nacimiento de la Iglesia-Pueblo de Dios y haría realidad histórica la opción por los pobres hecha institucionalmente. De esta manera, la Misión Permanente es un nuevo campo de tensiones y posibles conflictos dentro de la Iglesia.

Al final de esta etapa podemos decir que la crisis del sistema político ha revertido en expectativas favorables de los diversos sectores sociales hacia la Iglesia. Dentro de la Iglesia, la Institución Eclesiástica mantiene un tono de prudencia dirigido a evitar posibles conflictos con el Estado que revivan estadios ya superados en la relación Iglesia-Estado. El poder político real de la Institución Eclesiástica

se ha ido reduciendo hasta parecer sólo ornamental. Sigue prevaleciendo la Iglesia-clerical con un laicado poco desarrollado y relegado a un plano subordinado. Aparece un incipiente movimiento de comunidades de base populares y acciones de apoyo a la organización del pueblo. Entre las Congregaciones Religiosas, especialmente femeninas, existe una clara tendencia al compromiso popular.

IGLESIA Y DEMOCRACIA: PRESENTE Y FUTURO

En relación a la sociedad venezolana encontramos en la Iglesia corrientes que apoyan, consciente o inconscientemente, directa o indirectamente, las tendencias políticas presentes de desarrollo de la democracia (cfr. SIC 500, diciembre 1987, págs. 507-508). Una democracia de la burguesía encuentra apoyos en las acciones del Movimiento de Cursillos de Cristiandad (al menos de su dirección nacional), del Opus Dei, los Legionarios de Cristo, el rectorado de la Universidad Católica del Táchira (UCAT) y el "empresariado católico" (Vollmer, Cisneros...), apoyados por instituciones extranjeras como CEDIAL (Centro de Estudios para el Desarrollo e Integración de A.L., dirigido por Roger Vekemans desde Bogotá) y con tales conexiones directas en la burocracia vaticana que en ocasiones les permite hasta pasar por encima de la Conferencia Episcopal Venezolana (por ejemplo, la designación de Gustavo Cisneros para hablar en la sesión de la Pontificia Comisión de Comunicación Social, cfr. SIC 494, abril de 1987, pag. 171). El "caballito de batalla" de esta corriente es la teología de la liberación a la que se la quiso presentar como "herejía" o desviación comunista en la Iglesia y ahora se intenta establecer la diferencia entre la verdadera teología de la liberación (la de ellos, por supuesto) y la adulterada y "condenada" (la de los teólogos de la liberación).

Una democracia cuyo sujeto sea la sociedad civil y, preferentemente el pueblo organizado, es apoyada por el movimiento de las Comunidades Eclesiales de Base, la educación popular católica, las acciones impulsadas por las congregaciones religiosas, parroquias y sacerdotes que comparten la vida del pueblo y se sienten llamados a ser su voz e impulsar sus propias organizaciones:

El gran reto presente de la Iglesia venezolana es su enraizamiento en la Venezuela que ha surgido de este proceso económico-político de modernización-populista. Esa necesaria implantación para

constituirse como Iglesia exige la inculturación (cfr. SIC 492, febrero de 1987, pag. 51-52) lo cual, a su vez, significa asumir a fondo las opciones sociales que se derivan de la fidelidad al Evangelio y a las orientaciones del Concilio Vaticano II, Medellín, Puebla y el propio Juan Pablo II...

De este reto surgen inevitablemente los dilemas de la Iglesia y de su jerarquía. Las tensiones al interior de la Iglesia tienden a crecer, lo cual hay que interpretarlo como signo de desarrollo y maduración, además, de exigencia del momento en el que vive la sociedad venezolana. Tensiones derivadas de distintos modos de entender el papel de la comunidad cristiana en la sociedad y de las lealtades derivadas de los compromisos reales con las parcialidades de esa sociedad pluralista con intereses cada vez más diferenciados e, incluso, encontrados. Igualmente tendrán que surgir tensiones entre el Estado y la Iglesia. Ambas realidades han sufrido cambios de fondo y no basta asumir la prolongación de las "buenas relaciones" conseguidas como solución automática ante la nueva problemática.

Iglesia y democracia se encuentran en un momento en que deben rehacer sus relaciones internas y mutuas. Necesariamente un momento de tensiones y posibles conflictos. La jerarquía de la Institución Eclesiástica tiene ante sí un dilema: ser fiel a su propia definición y a su proceso de transformación postconciliar e incorporar a su propia acción orientadora esos principios reconocidamente evangélicos y eclesiales y, por consiguiente arriesgarse a tener conflictos con el Estado y/o los gobiernos; o escoger como su política mantener la situación de no-conflictividad con el Estado-gobierno, lo cual traería como consecuencia una cadena de tensiones y conflictos internos en la Iglesia pues las opciones tomadas han cobrado cuerpo en personas, grupos religiosos, comunidades y su profunda raíz evangélica impiden descartarlas ideológicamente. De lo primero ya hay algunos signos como la posición asumida por el Arzobispo de Mérida que al hacerse valiente "voz de los sin voz" ha logrado una cohesión interna de la Iglesia y ha podido resistir los intentos de manipulación del gobierno. Igualmente las posiciones que empieza a tomar el Obispo de Ciudad Guayana a nombre de la Iglesia de la zona (cfr. Sección Documentos en este número de SIC). El otro camino es la gran tentación de confundir la conveniencia de la Institución con la fidelidad a su misión y perder la vida por querer conservar los logros de una etapa.